

ñor estaba en la Venta de la Rubia corriendo liebres, y que hasta muy tarde no volvería... Volvió V. E. pasada la hora de comer; pero la señora se había retirado ya.

No chistó el conde, y el criado hizo mutis discretamente.



LA CRUZ ROJA

EN pintoresco caminito de aldea, no lejos de la costa, hay un sitio que siempre tuvo el privilegio de fijar mi atención y de sugerirme ideas románticas. Aquel nogal secular, inmenso, de tronco fulminado por el rayo; aquel crucero de piedra, revestido de musgo, de gradas rotas, casi cubiertas por ortigas y zarzas; y, por último, en especial, aquel caserón vetusto de ventanas desquiciadas y sin vidrios, que el viento zapateaba, y que tenía sobre la puerta, ya revestida de telarañas, fatídica señal: una cruz trazada en rojo color, parecida á una marca sangrienta...

¿Quién habría plantado el nogal, erigido el crucero y habitado la casa? ¿Quién estamparía en su fachada la huella de sangre? ¿Qué drama obscuro y misterioso se desarrolló entre aquellas cuatro paredes, ó á la sombra de aquel nogal maldito, ó al pie del signo de nuestra redención? ¿Por qué nadie vivía ya en el siniestro edificio, y cómo su actual dueño le dejaba pudrirse y desmoronarse, si no era que el recuerdo de la desconocida tragedia le erizaba el

cabello, impulsándole á huir de tan funestos lugares?

Solíamos pasar ante la casa muy de prisa, á caballo, de vuelta de alguna excursión, y nunca se veía por allí alma viviente á quien preguntar. En las aldeas vecinas tampoco di con persona que supiese nada positivo de la roja cruz. Sólo conseguí respuestas reticentes, movimientos de cabeza significativos, indicaciones vagas: la casa llevaba su estigma, á la casa no convenía acercarse: ¿por qué? Sobre esto, chitón. Estaba deshabitada desde hacía veinticinco años lo menos: nadie supo decirme el nombre ni la condición de sus últimos moradores. Ni siquiera averigüé quién la poseía en la actualidad. Llegué á creer que todo lo concerniente á la ruinoso casa estaba envuelto en densas tinieblas.

Esto mismo me determinó á indagar por distintos medios. Cierta día, provistos de una escalera de mano, á la casa nos dirigimos. El cielo, cómplice de nuestra imaginación, aparecía cargado de nubarrones densos y plomizos, amagando borrasca.

Al llegar al pie del crucero, sulfúrea exhalación alumbró con luz azulada el horizonte, y un trueno lejano hizo empujar á los caballos las orejas. Echamos pie á tierra, dispuestos á realizar nuestro propósito, que no ofrecía dificultad alguna; tratábase de entrar en el caserío, no por la puerta, sino por la ventana de arrancados goznes.

Saltamos dentro de una sala grande, que co-

municaba con una alcoba, donde aún se veía esparcida la hoja de maíz del jergón. De un clavo colgaban hábitos eclesiásticos, una sotana raída y unos apolillados manteos. Nos estremercimos: sus fúnebres pliegues remedaban sobre la pared la silueta de un cura ahorcado. No sin cierta aprensión recorrimos la casa, y también con algún peligro, pues las tablas carcomidas del piso temblaban, y recelábamos que alguna viga ó algún pedazo del roto techo, al desprenderse, nos aplastase. Era, sin embargo, el edificio de recia construcción, y aún podía resistir años. No estaba la vivienda desmantelada del todo: quedaban muebles en muchas habitaciones; en la cocina aún se veían las cenizas del último fuego. Registramos intrépidamente, sin que nos arredrase ni el mal estado del edificio, ni los avechuchos que salían de los rincones, despavoridos y asquerosos. Esperábamos á cada momento hallar en el piso inveteradas manchas de sangre, ó descubrir un esqueleto en las arcas que abríamos. Curioseamos hasta la artesa del pan. Ni rastro de crimen; mas no por eso apagó sus fuegos nuestra imaginación. ¿Acaso todos los crímenes dejan rastro?

Ibamos de un aposento á otro, ceñudos, sombríos, preocupados y con caras de jueces. No nos comunicábamos impresiones: cada cual quería ser el primero á olfatear el drama. Salimos de allí cuando no nos quedó nada por ver, y emprendimos la vuelta al *Pazo*, reconcentrados y silenciosos, rumiando la historia que

se había forjado cada uno. Las cuatro novelas partían de un mismo dato evidente, auténtico: quién vivía en la casa maldita era un cura.

A la hora de la cena, cuando las patatas cocidas con su piel humeaban en los platos de pelitre, y el fresco mosto del país teñía de líquido granate el vaso de antigua talla, las lenguas se desataron, y por turno formulamos nuestras hipótesis.

—El cura—afirmó sentenciosamente el cazador viejo—estaba podrido de dinero. ¿No han visto tanta arca y tantísimo cofre? Todo para encerrar los ochavos. Prestaba á réditos y chupaba la sangre á los infelices. Una noche se metieron seis enmascarados en la casa: eran los deudores más comprometidos, que ya los iba á ejecutar la justicia y á dejarlos sin cama ni techo. El cura tenía una criada vieja y sorda... ¿Que cómo lo sé? Porque la maldita ni sintió ladrar al perro ni entrar á los ladrones, y ellos tuvieron que forzar la puerta del cuarto en que dormía... ¿No han visto la cerradura violentada? Bueno; pues los ladrones, así que se hallaron dentro, después de atar á la sorda, van, y ¿qué hacen? Me agarran al cura y me lo llevan á la cocina, y me lo descalzan, y me le aplican los pies á la lumbre... El hombre canta y suelta los cuartos. Los ladrones le acercan más á la brasa: "Dinos dónde tienes las *obligas*, ó te asamos como á San Lorenzo." Y así que aciertan con las *obligas*, las traen á brazados, y sin cuidarse de escoger las suyas, las echan al fuego y arden las deudas de toda la comarca... ¿No

se acuerdan que en el hogar había ceniza muy negra, así como de papeles quemados?... Antes de la madrugada se larga la gavilla, dejando al cura moribundo, y al salir pintan en la puerta la cruz roja, como el que dice: "No vinimos á robar, sino á castigar á un usurero infame."

—¡Ah!—exclamó el cazador joven.—Todo eso no lleva traza. Lo que ahí pasó fué que el cura tenía una sobrina muy bonita y moza, que vivía con él. ¿No repararon, en el cuarto de la cerradura rota, unas sayas de mujer y unos zapatos bien hechos, pequeños, llenos de polvo, en un rincón? Pues el cura se chifló por la sobrina, y empezó á darle vueltas á la idea... y andaba como loco; ni dormía ni comía. Sucedió que la rapaza se echó novio, y trataba de casarse, y el tío, cuando lo supo, daba con la cabeza por las paredes. Vino una noche en que el demonio le tentó más fuerte que otras... y en puntillas se fué al cuarto de la rapaza; pero como estaba cerrado con llave, tuvo que forzar la cerradura... ¡y mientras tanto ella saltó por la ventana y escapó para casa del novio, y el novio, por avergonzar al cura y amenazarle, pintó en la puerta la cruz colorada!

Había oído las dos versiones el coronel retirado, y la sonrisa medio burlona y medio desdenosa no se apartaba de sus labios, fija entre el erizado y canoso bigote.

—Señores, yo lo veo de otro modo... y mi explicación es tan clara y tan sencilla, y se justifica tan bien con ciertos detalles existentes en la casa, que no sé cómo no se les ha ocurrido

á Vds. El cura, cuando andaban mal las cosas políticas, se señaló por sus ideas carlistas, como uno de tantos, y eso le valió persecuciones y molestias de todo género. El era hombre de armas tomar: habrán Vds. observado que en varios muebles se conservan tacos, restos de cajas donde hubo pólvora, perdigones y balines. Un día le salieron al camino para apalearle, pero él les zorregó un tiro y dejó mal herido al que cogió más cerca. Comprendió entonces que le iban á echar á presidio; llegó á casa, tomó dinero, colgó los hábitos de aquel clavo, y pasó á Portugal y por Badajoz se unió en Extremadura á las facciones. Al salir, él mismo pintó la cruz roja, como quien dice: "Guerra en nombre de Dios."

Era llegado mi turno de arriesgar la hipótesis propia, ó de aceptar alguna de las ajenas. No me correspondía quedarme atrás en imaginación, y he aquí lo que me inspiró este numen:

—Vds. han visto en la casa mil detalles que en su opinión revelan al usurero, al enamorado energúmeno y al trabucaire... Yo me he fijado, especialmente, en otros que descubren al sacerdote estudioso, al místico solitario y enfrascado en meditaciones que acaban por trastornarle el seso. Tanto libro apolillado, en montones que devoran las ratas; tanta estampa devota colgada por las paredes, delatan las preocupaciones favoritas del infeliz que allí vivió. No le creo un sabio: para mí su cerebro era pobre, y la lectura, en vez de iluminarlo, lo poblaba de fantasmas, que bien pronto adquirieron cuerpo y

se convirtieron en horribles dudas y en extravagancias heréticas. Tal vez en su perturbado meollo renacieran las viejísimas doctrinas antitrinitarias de Sabelio; tal vez negó la consubstancialidad del Verbo, como Arrio, ó la humanidad de Cristo, como Nestorio; ó la absorbió en la divina, como Eutiquio; ó soñó cual los maniqueos, que el diablo comparte con Dios el dominio del Universo; ó desconoció las virtudes de la gracia, como Pelagio; ó cayó en los éxtasis y las flagelaciones de los montanistas... Imprudente y fanatizado, no supo callar, y entre los demás clérigos cundió la noticia de que sostenía proposiciones condenables, anticánónicas, dignas de tremendo castigo. Y corrió la voz, y fué aislado en su guarida, y los aldeanos le huyeron persignándose. Cada vez se secó más su cerebro: en vano su leal criada le escondió los libros fatales con propósito de quemarlos: él forzó la puerta del cuarto y los sacó y se engolfó en ellos, y en sus cavilaciones y austeridades, hasta que, acabado de perder el juicio, negóse á comer por penitencia, y expiró diciendo que veía los cielos de par en par y los ángeles sobre nubecillas de oro, con palmas, coronas y muchos violines... El rayo hirió el árbol que daba sombra á la casa; y el pueblo, no conociendo que el hereje era un pobre mentecato, trazó en su puerta, en señal de reprobación y sentencia de infierno, la sangrienta cruz.

.....
No necesito decir que todos cuatro sostuvimos nuestra respectiva versión con lujo de

argumentos y pruebas. Cuando más nos habíamos enzarzado en la disputa, ladraron los perros, bajó el gañán á abrir la portalada, y entró el notario de Cebre, dispuesto á terciar en la partida de tresillo con que engañábamos las noches. Enterado del asunto que discutíamos, soltó una carcajada zafiota, se pegó un cachete en el testuz y exclamó sin cesar de reir:

—¡Alabada la Virgen, lo que discurren! ¡Pero, santos de Dios, si nunca en tal casa hubo ni sombra de cura!

—Pues ¿y los hábitos? ¿Y los libros? ¿Y...?

—Miren, esa casa... ¿por qué no me preguntaron? Se ahorrabán el viaje y la visita á las ratas y á los cienpiés! Esa casa fué de una buena familia, un matrimonio y una cuñada ó hermana que vivía con ellos. Cuando el cólera... ¿no saben? ¡que lo hubo terrible! les murió en el pueblo un tío cura, dejándolos por herederos. Al marido le tentó la codicia y fué á recoger la herencia. La trajo en ocho ó nueve arcas y baúles; pero también trajo el cólera. La gente ya lo olfateaba: nadie se acercó á la casa, y le pusieron esa señal de almazarrón, como quien dice: "escapar de aquí.". Y en la casa y sin auxilio, perecieron los tres con diferencia de horas. La cuñada se encerró en su cuarto para morir en paz y no oír los lamentos de la hermana... Hubo que romper la cerradura para sacar el cuerpo y enterrarlo. Esos manteos y esa sotana que Vds. vieron, á la cuenta eran de la herencia también, y los colgarían en el primer momento

para que no se apolillasen... De bastante les sirvió.

Quedamos callados y confusos los novelistas. Yo pensaba en las tres víctimas, expirando solas en una casa abandonada que aisló el miedo, y deducía que, bien mirado, lo real es tan patético como la ficción. Al mismo tiempo compadecía á los jueces que registrando el teatro de un crimen buscan la huella del reo, y á los historiadores que interpretan documentos caducos.



LINDA

DESPUÉS de una larga carrera literaria de trabajo y lucha, Argimiro Rosa no había conseguido, ya no digamos la gloria: ni siquiera asegurar el cotidiano sustento. La extrañeza de su nombre y apellido, que juntos parecían formar caprichoso pseudónimo, le fué útil al principio, en esos años juveniles en que brotan reputaciones efímeras, pronto derrocadas si no descansan en merecimientos positivos. Las primeras poesías y artículos inocentes de Argimiro Rosa se leyeron con cierto interés, y quedó en la memoria de muchos el eco de tan raro nombre. "¡Argimiro Rosa!—decían vagamente.—¡Argimiro Rosa! Sí, sí, ya caigo... Aguarde V.... En el *Semanario*... en el *Museo de las familias*... En fin, no sé... Debe de ser de aquellos románticos melenudos."

Verdaderamente, aunque Argimiro llevó largo tiempo trova negra, reluciente y bien atusada, y sólo la suprimió al advertir que se gastaba un sentido en remudar cuellos de gabanes, no se le podía afiliar á la escuela romántica genuina. Desde que los editores de obras por entregas hicieron presa en él y le impusieron

su estética propia, Argimiro fluctuó entre un pseudo romanticismo ojeroso y espeluznante y un pseudo realismo de presidio y taberna. Amarrado al duro banco de la producción forzada y del género de pacotilla, Argimiro imitó por turno y según lo requería el caso á Fernández y González, á Ortega y Frías, á Ayguals de Izco, á Pérez Escrich, en suma, á los maestros del género; y hasta llegó á competir con ellos, disputándoles asuntos efectistas y melodramáticos, encontrados por editores ingeniosos. Cierta popularidad obscura, que le valieron obras como *Los Canallas de guante blanco*, *Emperador, fraile y verdugo*, *La Sombra del parricidio* y *Los Hígados de un prestamista*, pudo en ocasiones hacerle creer que, si hubiese dispuesto de libertad, dejaría escrito algo más selecto, que salvase del olvido su nombre. Pero hacía bastantes años que Argimiro no acariciaba ese luminoso ensueño, hijo de la aurora. Aspiraba únicamente á ganar con sus engendros lo necesario, el duro pan de cada día, á fin de no ser gravoso á nadie.

Porque conviene decir que Argimiro guardaba en su alma nociones de innata honradez y de ese nobilísimo orgullo que impulsa á trabajar por la independencia; además tenía la cautela, la parsimonia, la callada modestia en el vivir, que caracterizan á las personas delicadas, en quienes es una segunda naturaleza la probidad. En este sentido, nadie menos bohemio que Argimiro Rosa, porque si conoció á fondo el arte de someterse á una privación

oculta, ignoró siempre el de rehuirla pidiendo prestado un duro. Bien podía Argimiro no ser ningún geniazo de esos que señalan su paso por el mundo con huella esplendente; pero tampoco era, de fijo, de los que confunden el genio con las trampas.

Hasta cabía sostener la paradoja de que era rico Argimiro, porque él no gastaba un céntimo más de sus ganancias y aun economizaba piquillos, que tenía de reserva, "para el entierro," solía decir con humorismo apacible. Repugnábale, en efecto, la idea de esos sepelios de caridad á que parecen sentenciados los escritores, y consideraba una profanación de la muerte el sentimentalismo de ultratumba. Quería irse de este mundo como había vivido en él: sin importunar, sin abusar, sin avergonzarse.

Con este criterio, ya se deja entender que Argimiro había renunciado deliberadamente á los intranquilos goces de la familia. Sostener esposa y niños no cabía en los posibles del buen novelista, y ni las horrendas fechorías de la alta aristocracia, ni las inauditas guapezas de los chulos, referidas en interminables entregas, daban para tanto. Se resignó Argimiro á no tener más sucesión que los aventureros de frac y los rufianes de marsellés que creaba á docenas, á brochazos y en menos que canta un pollo, y formó su hogar en una casa de huéspedes, eligiendo patrona de buena entraña, manida y apacible, capaz de servir una tacita de caldo con cierta cordialidad afectuosa; y allí, en el reducido cuartucho, sobre angosta mesa, instaló el

molino al vapor de las cuartillas. Sólo Dios sabe cuántos raptos, desafíos, asaltos á conventos, intoxicaciones, puñaladas y desafueros de toda clase salieron de aquel modesto asilo, entre la cama de hierro, desvencijada ya, y una cómoda privada de tiradores. Mientras Argimiro deliberaba sobre si convenía emparedar al duque ó sería mejor acuchillarle por la espalda, la perrita de aguas, Linda, única compañera de la soledad de Argimiro, dormitaba hecha una rosca, probando que los irracionales son más dichosos que el rey de la creación.

No porque se hubiese condenado á celibato voluntario carecía Argimiro de sensibilidad. Al contrario: su alma tierna rebosaba cariño, y se asfixiaba con no poder desahogarlo. Si Argimiro hubiese sido perfecto (ya se sabe que no puede jactarse de serlo ningún hombre) no carga con la perrita; al cabo Linda era un lujo, una superfluidad del corazón, un capricho sentimental, y nadie ignora que el más pequeño, el más humilde de estos caprichos, entraña peligros sin cuento. ¡Imprudente Argimiro! ¿De qué te ha servido vedarte lo más dulce, abstenerte de lo más apetecible y natural, no tener esposa que te aguarde en la puerta, hijos que se te agarren á las rodillas? Para ti, el ser viviente que te da la bienvenida con alegres ladridos, que te mordisquea y te baba las manos y se tiende en el suelo de puro gozo cuando te ve, que comparte tu lecho, y al que guardas siempre el azúcar del café y las golosinas del postre... te va á costar tan caro como

podría costarte ese gran derroche de alma y bolsillo, ese gran poema en prosa que se llama el matrimonio. ¿Qué te valió atrincherarte? Dejaste un portillo y por él entró la muerte.

A fuerza de velar y de poner la imaginación en tortura para discurrir nuevos desatinos; á fuerza de vida sedentaria y de comidas insulsas, de esas cuyo secreto poseen las pupileras, Argimiro había contraído un padecimiento del estómago que amenazaba arruinar para siempre su salud. El médico, consultado seriamente, opinó que el enfermo necesitaba alimentación escogida y sana, algo muy variado, nutritivo y apetitoso, que á la vez combatiese la atonía y la anemia. De no ser así, auguraba pésimos resultados. Sabia era la prescripción, pero mala de seguir para Argimiro, que pagaba catorce reales de pupilaje, y jamás había puesto tacha ni reparo á las negras albóndigas, á la seca lonja de vaca, á las flatulentas judías y á la deslavada sopa de fideos (si bien le infundían repugnancia indecible).

Quiso la casualidad que el médico, paisano y amigo constante de Argimiro, hablase del asunto con el opulento negociante D. Martín Casallena, también paisano y amigo del médico y del escritor. Casallena era un rico de clara inteligencia y sentimientos generosos: adivinó que el enfermo no podía aplicar el método del doctor, y se apresuró á enviar á Argimiro una cartita, convidándole á comer aquella misma noche. El obsequio, aceptado, fué encantador; la señora del banquero prodigó á Argimiro las

más corteses atenciones; reinó gratísima confianza en la mesa, y el escritor quedó invitado con empeño para todos los miércoles. Al miércoles siguiente, se extendió el convite también á los sábados, y más adelante, con habilidad piadosa, se le rogó que viniese todos los días, excepto los pocos en que la familia Casallena salía convidada á su vez.

Sorprendente fué el efecto de la reparadora comida en Argimiro. Cesaron los desvanecimientos que nublaban su vista, los dolores agudos y las desconsoladoras molestias diarias; el trabajo se hizo relativamente fácil, y el bienestar del estómago contento irradió á todo el organismo. El novelista parecía otro: así se lo decían en la casa de huéspedes y se lo repetían en el café.

Una nube tenía, sin embargo, la reciente dicha de Argimiro. Su conciencia no estaba tranquila: mientras él disfrutaba de tan espléndida hospitalidad y tan opíparos banquetes, la pobre Linda, olvidada y sola, se aburría esperándole, y le acogía con bostezos llorones de hembra nerviosa que no se acostumbra al abandono en que la dejan y se desquita en malos humores y en gimoteos. En la mente de Argimiro nació el propósito de introducir á Linda en la buena sociedad que él frecuentaba. A fuerza de sacar conversaciones, de encarecer su apego á Linda, y las gracias y monerías de Linda, y de insistir en lo acostumbrada que estaba la perrilla á no separarse de su amo, logró que un día exclamase D. Martín Casallena:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO AYES"

1966. 1626 MONTERREY, MEXICO

—Vamos, mañana se trae V. á Linda. Ya tenemos curiosidad de conocer á ese avechuchu tan simpático.

Aunque la señora de Casallena había torcido el gesto á esta espontaneidad de su consorte, Argimiro no quiso oír más, y Linda hizo su entrada solemne en los salones del banquero. Es de advertir que la señora de Casallena adoraba en sus magníficos muebles, y no podía resistir que le estropeasen ó manchasen las cortinas de crujidora seda y las tupidas y muelles alfombras. Al principio Linda se condujo muy diplomáticamente en este terreno: correcta y distinguida, cogió las galletitas con la punta del hocico, las devoró en silencio, y se hizo una rosca al pie de la chimenea, sobre el guardafuego, sin molestar á nadie. Por desgracia, así que empezó á tomar confianza y á dominar la situación, el animalito fué permitiéndose libertades, al pronto retozonas é inofensivas, después tan descomedidas, inconvenientes y enormes, que una noche, yendo la señorita de Casallena á recoger del músico la sonata en *fa* para estudiarla al piano, exhaló un chillido ratonil y huyó despavorida á su cuarto, á lavarse las manos con triple extracto de Colonia...

Por lo cual, el señor de Casallena llamó aparte al escritor, y con suma política y bastantes rodeos hubo de manifestarle que la presencia de Linda era incompatible con la tranquilidad de su hogar y el aseo de su mobiliario, y que le rogaba no la volviese á traer adonde producía tales disturbios. Y Argimiro, pálido, demudado

y tartamudo de enojo, respondió al banquero que insultar y expulsar á Linda valía tanto como insultarle y expulsarle á él; á lo cual replicó Casallena, á su vez amoscado, que ciertamente merecería la expulsión el dueño, si cometiese los mismos desmanes que la perra. Inclínose Argimiro con altivo gesto; hizo un saludo tieso y forzado, y abandonó la estancia llevando en brazos á Linda. Ni al día siguiente ni nunca volvió á comer... ¿qué es comer? ni á cruzar la puerta de su antiguo y opulento anfitrión. Explicaciones, recados, mensajes por el médico... todo se estrelló contra la dignidad herida de la perrita de aguas.

A los dos años, Argimiro Rosa falleció de un cáncer en el estómago; y como en la enfermedad se habían consumido sus economías, por fin le enterraron á expensas de algunos amigos. Casallena, que fué de los que dieron más, recogió á Linda y la mantuvo hasta que murió de vejez.



ROSQUILLA DE MONJA...

Las quintas de D. Florencio Abrojo y D. Eladio Paterno tenían una tapia común, de suerte que cuanto se hacía y decía en alguno de los dos jardines había de oírse por fuerza en el otro. Mientras D. Florencio, solterón y solitario impenitente, entregado á su única manía, regaba, podaba ó acodaba arbustos raros, las niñas de Paterno, que eran siete, y casi todas lindas, alegres y bulliciosas, correteaban como loquillas. Sus argentinas carcajadas, sus chillidos de júbilo, sus pasajeras grescas por un fruto ó una flor, iban, cruzando el muro, á perturbar la calma y el silencio en que se complacía el fatigado y desengañado Abrojo.

La indole de la molesta algazara fué modificándose según crecían en años las señoritas de Paterno. Primero, juegos propiamente infantiles, escondites entre los rosales y las magnolias, paseos en carreta y pedradas á los árboles; después, chácharas interminables con amiguitas que venían de Marineda, partidas de croquet, mucho columpio, todo acompañado de meriendas de almíbar y pan; luego se agregó

al elemento femenino el masculino, los señoritos animados y obsequiosos, y D. Florencio pudo escuchar, con irritación creciente, las bromas intencionadas, los piropos rendidos, el tiroteo de frases agridulces entre ellas y ellos. A este período de escaramuzas siguió aquel en que, habiéndose echado novio dos ó tres de las muchachas, las parejitas se sentaban en bancos de piedra, bajo los árboles que sombreaban la tapia misma, y sus voces llegaban como un arrullo á los dominios del señor de Abrojo.

El cual, precisamente, aspiraba á no ser molestado por ningún eco de las vanidades y ansias ociosas á que la humanidad se entrega. Misántropo, azotado por la vida como una barca por las olas, se había recogido á aquel huerto, buscando la paz y concretando sus deseos á intereses pequeñísimos, á aspiraciones que no causan goce ni dolor, á la floración de un jacinto, al crecimiento de una orquídea extraña. Sorda cólera le hervía dentro al entreoir las divinas tonterías del palique de los enamorados, y dos ó tres veces estuvo á punto de lanzarles la regadera á la cabeza. Lo peor fué que circunstancias fortuitas le obligaron á entrar, mal de su grado, en relación con la familia Paterno, y que á los pocos días de tratarse los vecinos, una de las niñas, María Consolación, se atrevió á deslizarse en el jardín de D. Florencio y pedirle clavelones para lucirlos en una corrida de toros. Sólo siendo muy desatento se podía rehuir el compromiso; gruñendo interiormente, D. Florencio dejó saquear los arriatos; María

reunió un haz magnífico, embriagador, y después, con la sonrisa en los labios, lo curioseó todo en la finca, preguntando el nombre de cada planta desconocida, y admirando las que conocía ya. Pensaba el Sr. de Abrojo ocultarle á la chiquilla los tesoros del invernáculo; no obstante, sin darse cuenta de por qué lo hacía, abrió de par en par la puerta vidriera, y paseó á María por entre las flores maravillosas, llegando al extremo de ofrecerla la más bonita, la admirable *sterlicia regia*. María salió afirmando que el vecino no era un señor tan ridículo como decían, y que con ella había estado sumamente amable. Alentadas por tal precedente, las demás hermanas quisieron pedir claveles á su vez. Encontraron cerrado el portal; nadie contestó á los aldabonazos, y hubieron de comprender que D. Florencio resistía. Las señoritas no apretaron el cerco, y ninguna osó molestar más al solitario.

Los años corrieron; la familia de Paterno sufrió cambios y vicisitudes. El padre murió, tres hijas se casaron, marchándose con sus respectivos esposos, y María Consolación, la alborotadora niña de los claveles, sintió de pronto vocación religiosa, é ingresó en un monasterio compostelano. La madre de María, por no sostener la quinta, la dió en arriendo á un industrial de Marineda, que sólo pasaba en el campo los domingos, y D. Florencio, cada día más traído y huraño, notó que el jardín próximo no le mandaba ya sino alto silencio y soñolienta modorra.

Cierto día, cuando menos se lo esperaba, recibió el Sr. de Abrojo una carta de angosto sobre, escrita con letra tímida y fina, letra femenil, y al abrirla, en la cabecera de la misiva se destacaron una cruz y las iniciales J. M. J.: *Jesús, María y José*. Era Consolación, hoy Sor María del Consuelo, la que enviaba á D. Florencio dos páginas difusas, ingenuas y melifluas, donde la monjita expresaba afectuosamente un sentimiento halagüeño y delicado: la gratitud por aquella distinción del regalo de los clavelones, y el deseo de que quien había sido para ella tan deferente, pasase unas Pascuas de Navidad felicísimas, y un Año Nuevo muy dichoso, si lo permitía el Señor, á quien rogaba siempre por D. Florencio. Sí, Sor María rogaba por él; Sor María solicitaba de Nuestra Señora que apartase de él toda desgracia. Lo único que Sor María lamentaba era que aquellos claveles, destinados á la profanidad, no hubiesen sido ofrecidos á la Virgen.

Venida de la soledad y del retiro, la carta conmovió un poco al solitario. Representóse á la graciosa criatura de revuelto pelo y encendidas mejillas, que un tiempo le pedía claveles— hoy pálida, macerada, bajo la austera toca, de hinojos en una iglesia desierta, apoyando la frente en la reja negra y fría,—y como la primera vez, repentino impulso desarrugó su corazón y le dictó un rasgo galante, un golpe de sus antiguos tiempos. Arrasó el invernáculo, encajonó entre musgo las flores más preciosas que aún quedaban, las camelias de nieve, los

resedas de invierno, las precoces violetas, y dirigió el cajón al convento, para Sor María.

La respuesta fué otra cartita más suave, más tierna, más llena de amistosa unción y atrevimientos inocentes. Sor María no se cansaba de alabar las flores: ¡qué cosas tan bonitas hace Nuestro Señor, y cómo serán los jardines del cielo, cuando así adorna los de la tierra! El altar estaba tan rico, con los floreros cuajados; y la comunidad admiraba aquellos primores. Sor María, en su pobreza, no podía pagar el obsequio sino con un escapulario; pero lo había bordado ella misma, y rogaba á su amigo que lo llevase puesto siempre. Y el Sr. de Abrojo, con más viveza de lo que consentían sus años, sacó el doble rectángulo de seda, deshizo el pulcro nudo del cordón, y pasó el escapulario al cuello. Más tarde se lo quitó; pero un gozo pueril le hizo releer la carta.

A los quince días la monja volvió á escribir. D. Florencio también relejó la epístola, mas no por saborearla, sino por cerciorarse de lo que envolvían las cuatro carillas de letrita bien prieta. En las tres primeras sólo halló candorosas efusiones: tratábase de la música, de Santa Cecilia, del piano, á que Sor María era aficionada cuando vivía en el siglo, y del armonio, que ahora estaba aprendiendo á tocar con el fin de servir de organista. Pero ¡qué fatalidad, luchar con un armonio de alquiler, de mala muerte, sin voces, sin sonoridad alguna! Si la comunidad no fuese tan pobre—aquí empezaba la cuarta plana—se resolverían á adquirir un

buen armonio, y á ella, á Sor María, sin duda por inspiración de Dios, y sin que la prelada se enterase, ¡quién!, se la había ocurrido que su predilecto amigo D. Florencio, de tan nobles sentimientos y generosa alma, no tendría quizás inconveniente en garantizar las dos mil pesetas del armonio, que se le irían abonando á plazos, según pudiese la pobrecilla comunidad. ¡Cuánto mayor gusto sentiría en estudiar en aquel instrumento, debiéndolo, como lo debería, á la limosnita afectuosa del Sr. de Abrojo!

Don Florencio soltó la carta, y sardónica mueca crispó sus labios que ocultaba el lacio bigote gris. ¡Ah! ¡La eterna perfidia de la mujer, su silbo de culebra, que sólo halaga para emponzoñar, su insinuante dulzura peor que los más activos venenos! No era el desengaño presente, la tenue y espiritualísima ilusión perdida, lo que inundaba como ola de hiel el alma del viejo, sino tantos recuerdos, que salían del olvido y revoloteaban azotándole con sus polvorientas alas de murciélago, al evocar historias hondamente tristes, de ajenos egoísmos y de propios dolores. Siempre el trueque interesado, la caricia moral y material á cambio de algo útil; siempre la misma comedia, que hasta desde el claustro podía representarse con éxito. ¿Con éxito? Se vería. El solterón tomó papel y pluma y contestó á la monja, una carta larga, borrascosa, incoherente, que al repararla antes de confiarla al correo, le hizo soltar, á solas, estruendosa carcajada, mientras malignamente se restregaba las manos.

—Pero ¿no me decía V. que D. Florencio es un señor ya anciano y formal, muy formal?— preguntó la Abadesa á Sor María, después de repasar la carta que ésta presentaba ruborosa y con los ojos bajos.

—Madre, sí que lo es; pero á mi me parece que se ha vuelto loco, ó que chochea antes de tiempo.

—¡Válgame Dios! Pues, hija, ¿sabe V. lo que yo creo? Que ni es loco ni chocho, sino un ta-caño de mucha habilidad. Y este papelucho se quema ahora mismo—añadió severamente la Prelada, que ejecutado el auto de fe, dijo á Sor María viéndola arrodillarse.—No se altere V., hija, no se angustie... Claro que ya no vuelve V. nunca á escribir á ese... caballero, ni á acordarse de que existe.

Así puntualmente sucedió. El señor de Abrojo no supo más de la monjita, y siguió vegetando entre sus flores, que nada piden ni hacen soñar nada.



GEÓRGICAS ⁽¹⁾

Fué por el tiempo de las majas, mientras la rubia espiga tendida en las eras cruje blandamente, amortiguando el golpe del *mallo*, cuando empezó la discordia entre los del tío Ambrosio Lebríña y los del tío Juan Raposo.

Sucedió que todo el Julio había sido aquel año un condenado mes de agua, y que sólo á primeros de Agosto despejó el cielo y se metió calor, el calor seco y vivo que ayuda á la faena. “Hay que majar, que ya andan las canículas por el aire,” decían los labriegos: y el tío Raposo pidió al tío Lebríña que le ayudase en la labor. Este ruego envolvía implícitamente el compromiso de que á su vez Raposo ayudaría á Lebríña, según se acostumbra entre aldeanos.

No obstante, llegado el momento de la maja de Lebríña, el socarrón de Raposo escurrió el bulto, pretextando enfermedades de sus hijos,

(1) Escrito este cuento, que se funda en hechos reales, parecióme que se asemejaba en su asunto á otro cuento de Tolstoy. Me anticipo á declararlo y veo en ello una prueba más de las afinidades que siempre noté entre el campesino ruso y el de mi tierra.—(N. DE LA A.)